

*«Fascinante...O'Leary nos anima a ver el mundo a través de los ojos de un niño».*

Mitch Albom, autor de *Martes con mi viejo profesor*



# Vivir *en el* ASOMBRO

*Vuelve a descubrir  
la capacidad de asombrarte que tenías de niño,  
libera toda tu alegría e inspiración y reconecta  
con el sentido de la vida*

JOHN O'LEARY

Autor del bestseller *A por todas (On Fire)*

 SIRIO



Título original: IN AWE: REDISCOVER YOUR CHILDLIKE WONDER TO UNLEASH INSPIRATION,  
MEANING, AND JOY

Traducido del inglés por Alicia Sánchez Millet

Diseño de portada: Editorial Sirio, S.A.

Maquetación de interior: Toñi F. Castellón

© de la edición original

2020 de John O'Leary

Traducción publicada por acuerdo con Currency,  
un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC

© de la presente edición

editorial sirio, s.a.

C/ Rosa de los Vientos, 64

Pol. Ind. El Viso

29006-Málaga

España

[www.editorialsirio.com](http://www.editorialsirio.com)

[sirio@editorialsirio.com](mailto:sirio@editorialsirio.com)

I.S.B.N.: 978-84-18531-68-2

Puedes seguirnos en [Facebook](#), [Twitter](#), [YouTube](#) e [Instagram](#).

Si este libro te ha interesado y deseas que te mantengamos informado de nuestras publicaciones,  
puedes suscribirte a nuestro boletín de noticias en [www.editorialsirio.com/newsletter](http://www.editorialsirio.com/newsletter)

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.*

*Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento de esta obra.*

# Contenido

[Cubierta](#)

[Créditos](#)

[Levanta la mano](#)

[Indagación](#)

[El camino de la posibilidad](#)

[Pide la luna](#)

[¿Por qué?](#)

[Todo lo que he de saber lo he olvidado desde que iba a la guardería](#)

[¿Quién lo dice?](#)

[Sin barreras](#)

[¿Qué ves?](#)

[Cambia de visión](#)

[¿Y si?](#)

[Caliéntalo](#)

[¿Por qué no?](#)

[Expectativa](#)

[Trae tu guante](#)

[Las expectativas de aventura](#)

[Vuelve a vivir como si fuera la primera vez](#)

[Negar el declive](#)

[Deja de actuar como de costumbre](#)

[¿Cuáles son las probabilidades?](#)

[Ilumínalo](#)

[El cómo de la esperanza](#)

[Grandes expectativas](#)

[Si tuviera un cerebro](#)

[La espera gozosa](#)

[Inmersión](#)

[Perderte lo que importa](#)

[Llamada de advertencia](#)

[Orientado hacia el futuro](#)

[Invertir la tendencia](#)

[Trabaja. Juega. Descansa. Repite](#)

[Descanso para el cerebro](#)

[Cuélgalo en la puerta de la nevera](#)

[Fírmalo](#)

[Haz volar una cometa](#)

[Tiempo de travesuras](#)

[Mira las nubes](#)

[Resetéate](#)

[Es tu trabajo](#)

[El verdadero trabajo](#)

[¿De qué es hora?](#)

[Pertenencia](#)  
[Curado](#)  
[Acerca una silla](#)  
[El contagio de la alegría](#)  
[La cura del abrazo](#)  
[Una pieza de puzle](#)  
[Encajar](#)  
[Deja de esconderte en la sombra](#)  
[Somos iguales](#)  
[Únete a la fiesta](#)  
[Abre los ojos](#)  
[Perteneces](#)  
[Momento para sonreír](#)  
[Libertad](#)  
[Juega para ganar](#)  
[La verdadera victoria](#)  
[Acto de presencia](#)  
[Despierta](#)  
[Canta en voz alta](#)  
[Simplemente di no](#)  
[Juega el partido](#)  
[El círculo completo](#)  
[Anonadado](#)  
[El salón de los héroes](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Sobre el autor](#)  
[Índice temático](#)

Dedicado a los pequeños que garantizaron

que mi vida nunca volvería a ser igual.

Jack, Patrick, Henry y Grace:

gracias a vosotros soy más atrevido,

más afectuoso y estoy más vivo.

Que este libro siempre os recuerde

todo lo que me habéis enseñado y cuánto os quiero.

E, hijos míos, a medida que pasen los años y vosotros mismos os olvidéis

de vivir según esas lecciones que me dais,

que este libro sea un recordatorio de que tenéis que reivindicar todo el potencial que  
existe en vuestro interior.

∞∞

La noche que tú naciste,

la luna sonrió con tanto embelesamiento

que las estrellas se asomaron para verte

y el viento nocturno susurró:

«La vida no volverá a ser la misma».

Nancy Tillman,

La noche en que tú naciste

## Introducción

---

# Levanta la mano

SON NUESTRAS ELECCIONES, HARRY, LAS QUE MUESTRAN QUIENES  
SOMOS, MUCHO MÁS QUE NUESTRAS HABILIDADES.

J. K. Rowling, *Harry Potter y la cámara secreta*

**H**abía bullicio en el auditorio. Como orador, he tenido el placer de hablar para compañías de todo el mundo, desde Southwest Airlines hasta Microsoft, ante audiencias de veinte mil vendedores en un congreso nacional de ventas hasta una sala de juntas con una docena de directores ejecutivos.

Ese día, estaba deseando comparecer ante uno de mis públicos favoritos: escolares. Me encantan sus voces, sus risas, su entusiasmo. Siempre salgo de la sala cargado de energía y recordando lo rebosantes de vida que pueden llegar a estar nuestros pequeños.

Los distritos escolares\* me suelen invitar a hablar a todo el alumnado, pero lo dividen en grupos por edades. En primer lugar tengo el placer de hablar con los más jóvenes, los de los tres primeros cursos. Y te voy a decir que es evidente que en cuanto entran en la sala empieza la fiesta.

Sus risas retumban en las paredes, las sonrisas iluminan sus rostros, el nivel de energía es alto y hablan chillando. Cuando hago preguntas durante mi presentación, responden con entusiasmo; cuando les toca a ellos preguntar, alzan la mano con la esperanza de ser los elegidos. Cuando han de volver a clase, se levantan de un salto, forman fila delante de la puerta y se despiden de mí chocando los puños mientras se van brincando a proseguir con el resto de su día.

Uno de los niños de este grupo se echó atrás anonadado después de chocar su puño con el mío. Miró mi mano derecha y luego la izquierda. Me miró con los ojos muy abiertos, mantuvo la mirada y me preguntó estupefacto: «¿Qué le pasa en las manos, señor?».

Vale. Acababa de contarles esa historia. Literalmente, había estado de pie delante de ese niño y de sus compañeros, y les había explicado que había cometido un grave

error, que a los nueve años había hecho estallar mi casa, que me había prendido fuego a mí mismo y herido mi cuerpo, que había perdido mis dedos por amputación, pero que mi vida seguía estando llena de posibilidades, como lo estaba la suya. Estuve a punto de morir, pero superé las expectativas. Todavía suceden cosas imposibles y milagrosas, todos los días.

¿Se había perdido la charla? ¿Se había quedado en el lavabo? ¿No estaba conectado el micro?

Cualquiera que fuera la razón, me serví una dosis de humildad, me puse a su nivel y le respondí.

–Bueno, cuando tenía nueve años, me quedé atrapado en el incendio de mi casa. Perdí los dedos, pero ahora me va de maravilla.

Observé que se puso a pensar un momento, intentando asimilar lo que le había dicho, antes de responderme.

–¡Oh, Dios mío! –siguió entusiasmado–. Hoy ha venido un orador que nos ha contado que a los nueve años también se quemó en el incendio de su casa. –Tras una breve pausa añadió–: ¡Tendríais que conocerlos!

El pequeño volvió a extender el brazo y a chocar el puño, y se marchó por el pasillo.

Moví la cabeza y me reí.

A veces, los niños no entienden bien las respuestas, pero no tienen miedo de hacer preguntas, incluso las comprometidas.

Todavía estaba sonriendo para mis adentros, cuando entró el siguiente grupo.

Los de cuarto a sexto son más comedidos. No hacen tanto ruido al entrar, no levantan tanto la mano cuando les toca hacer preguntas ni emanan tanto entusiasmo cuando salen del auditorio.

A continuación, les toca a los de séptimo y octavo. Por último, a los que van al instituto. Y con cada grupo de nivel superior, bueno, ¿puedes adivinar lo que pasa?

Cabezas agachadas. Móviles en la mano. Durante la presentación se oyen menos respuestas, apenas hacen preguntas. Son grandes muchachos y están asimilando el mensaje, pero parece que ya han pasado la etapa de la alegría de participar plenamente.

Es fácil echarle la culpa a la adolescencia. Puedes culpar a sus hormonas, a su grosería, a su deseo de encajar o de ser populares.

Y sin embargo, ¿no es así como nos comportamos todos de adultos?

Piénsalo.

¿Cuándo fue la última vez que entraste desenfadadamente en una habitación irradiando energía?

¿Cuándo fue la última vez que fuiste a una presentación convencido de que iba a ser extraordinaria?

¿Cuándo fue la última vez que al escuchar una pregunta levantaste la mano, suplicando que te dieran la palabra y gritando la respuesta?

De haber sido niños entusiasmados, comprometidos y sumamente optimistas que iban corriendo a la escuela, nos hemos transformado en adultos indiferentes, distraídos y cínicos que han perdido la mayor parte de ese entusiasmo.

Tal vez aleguemos que se debe a que ahora poseemos la sabiduría de la experiencia. Estamos de vuelta de todo y sabemos que la vida no siempre es fácil. De hecho, suele ser extremadamente difícil.

Seguimos corriendo en la cinta de hacer cada vez más, con menos recursos y menos tiempo. Estamos agotados, sentimos que no vamos a ninguna parte y estamos hartos de tanto esfuerzo. La negatividad constante emitida, a través de las agencias de noticias y de las redes sociales, nos ha convencido de que hemos dejado atrás los mejores días y que el final está próximo. ¿No me crees? Mira las noticias de la noche para confirmarlo. ¡Estamos predestinados!

A pesar de que estamos más conectados y vivimos más cerca los unos de los otros —aunque sea virtualmente— que en ninguna otra etapa de la historia de la humanidad, jamás nos hemos sentido tan aislados y solos. Esto afecta negativamente a cada generación, pero se está manifestando muy intensamente en los adultos jóvenes, con un treinta por ciento de *millennials* que dicen sentirse solos y un veintidós por ciento que admite que no tiene amigos.<sup>1</sup>

No sé tú, pero yo creo que ha llegado el momento de que revisemos cómo enfocamos la vida, para que podamos volver a vivir con chispa, entusiasmo e inspiración.

Y creo que nuestros hijos tienen las respuestas.

Este libro es una invitación a que despertemos de nuevo esos cinco sentidos esenciales que poseíamos en nuestra infancia y que nos reconectarán con lo que supone vivir con la libertad caprichosa y la intrínseca felicidad de los niños que van bailando por la vida.

Un tiempo en que éramos patológicamente curiosos y nuestra naturaleza inquisitiva se negaba a creer que algo era imposible.

En que te lanzabas a vivir cada experiencia con los ojos bien abiertos, el corazón rebosando esperanza y las expectativas de conseguir grandes cosas.

En que estabas totalmente inmerso en el momento presente, en lugar de estar preocupado por el pasado o angustiado por el futuro.

En que no te preocupabas por lo que pensarán de ti los demás y tratabas a todas las personas (incluso a completos desconocidos) como posibles amigos.

En que te involucrabas, levantabas la mano y sentías la vigorizante sensación de libertad que te da el ir a por todas, atreverte a lo grande y vivir tu vida plenamente.

Yo lo llamo vivir en el asombro.

Esta es nuestra verdadera naturaleza.

Por desgracia, cuando vamos envejeciendo, este estado natural se va deteriorando, a medida que el mundo nos dice quiénes tenemos que ser. Se nos ha enseñado a abandonar nuestras costumbres infantiles.

*¡Calla!*

*¡No te muevas!*

*¡No hables con extraños!*

*¡Colorea dentro de las líneas!*

*¡Ten cuidado!*

*¡Así son las cosas! ¡No molestes!*

Recuerdo que mis padres, entrenadores y profesores, me gritaban esos estribillos una y otra vez. Y aunque sus intenciones sean buenas, en este proceso nuestro optimismo va siendo machacado lentamente. Nuestra creatividad inherente se desvanece. Nuestra alegría y energía son disciplinadas hasta desaparecer por completo.

Sus exhortaciones reducen los sentidos que necesitamos para desenvolvemos en el entorno en que vivimos. Esto afecta a nuestra visión del mundo y a cómo nos mostramos en él.

Nuestros sentidos están diseñados para ayudarnos a procesarlo y entenderlo. Nos informan de lo que vemos, oímos, sentimos, saboreamos, olemos y tocamos. Cuando nos desconectamos de ellos, empezamos a percibir una versión de la realidad sesgada, menos vibrante, y distorsionada.

A medida que envejecemos, vamos perdiendo nuestros sentidos: la visión no es tan aguda, el oído nos falla, perdemos el gusto, olemos menos. Pero también hay otros sentidos con los que perdemos el contacto. Los sentidos que nos informan de nuestras opiniones respecto a nosotros mismos, nuestras conexiones con los demás, nuestras perspectivas sobre el tiempo, nuestra habilidad para maravillarnos de la vida y para avanzar por ella con audacia sin que nada nos retenga.

Aunque reavivar nuestros sentidos físicos tal vez sea difícil, el deterioro no tiene por qué ser permanente. Podemos volver a despertarlos. Redescubrirlos. Recalibrarlos. Y utilizarlos para regresar a ese estado de asombro.

Cuando la llama ha vuelto a prender, estos sentidos tienen el poder de transformar nuestros días y revolucionar nuestra vida. Pueden mejorar nuestra habilidad para innovar en el ámbito laboral, ser auténticos en nuestras relaciones y resolver algunos de los problemas que inundan la vida de los adultos hoy en día.

Después de entrevistar a miles de empresarios, líderes de pensamiento y gente que lucha por un mundo mejor, he descubierto que los sentidos que les ayudaron a triunfar y a ser eficaces en la actualidad son los mismos que florecen de la forma más bella en nuestro interior cuando somos niños. Estos sentidos son la clave para que soñaran a lo grande, innovaran lo impensable, alcanzaran lo imposible, conectaran genuinamente y provocaran un profundo impacto. La clave está en la intensidad con la que viven.

Y tú también puedes hacer lo mismo.

Prepárate para reaprender lo que ya sabías que era cierto.

Prepárate para celebrar lo ordinario y lograr lo imposible.

Ha llegado la hora de liberar la inspiración, el sentido y la alegría eligiendo vivir en el asombro de cada experiencia, de cada oportunidad y de cada día.

---

\* En Estados Unidos y Canadá es el territorio que cubren una o varias escuelas públicas administradas por un consejo escolar responsable de uno o más de esos territorios. Es un organismo público encargado de gestionar las escuelas públicas. Fuente: Wikipedia.



## Sentido 1

---

# Indagación

Pregunta para lograr lo imposible

Acércate y escucha: cualquier cosa puede pasar, niño, cualquier cosa puede ser.

**Shel Silverstein**

## Indagación:

Capacidad para preguntarse, sentir curiosidad, explorar con amplitud y perseguir respuestas, soluciones y oportunidades obstinadamente, que conduce al pensamiento innovador y a posibilidades infinitas.

---

## El camino de la posibilidad

Bueno, quizás empezó así. Como un sueño, pero no todo. Esos edificios. Estas luces. Toda esta ciudad. Alguien tuvo que soñarlos primero. Y tal vez eso es lo que hice. Soñé con venir aquí, pero luego lo hice.

Roald Dahl, James y el melocotón gigante

El clamor de la gente parecía envolverme. Me acerqué al piano y me senté en la banqueta. Me sequé el sudor de la frente con la manga de la chaqueta de mi traje, coloqué las manos sobre el teclado y respiré profundo. Noté que mi corazón estaba acelerado y no podía hacer más que preguntarme: «¿Cómo demonios he llegado hasta aquí?».

Estaba en el escenario del MGM Grand de Las Vegas, sentado delante de un piano, rodeado de más de dieciocho mil personas.

Estaban animándome. A mí. Un hombre sin dedos que tenía la esperanza de inspirarlas a que se atrevieran a imaginar lo que podían acometer en sus vidas haciendo ante ellos algo aparentemente imposible para él: tocar el piano.

Contuve la respiración, hablé por el micrófono riéndome, advirtiéndole a la audiencia que no tuviera grandes expectativas respecto a ese interludio musical, y levanté mis atrofiadas manos para que entendieran la razón.

Hecho esto, respiré profundo y empecé a tocar.

∞ ∞

Sonó el timbre de nuestra casa de San Luis.

Mamá, que estaba sentada a mi lado en la mesa de la cocina, fue a abrir la puerta.

Al estar unos momentos solo, levanté la vista de mi plato y miré a mi alrededor. Todavía estaba acostumbrándome a todos los cambios que se habían realizado en nuestro hogar.

El linóleo verde pegajoso y desgastado que recubría el suelo de la cocina había sido sustituido por uno rosa pálido. Los armarios de roble oscuro ahora eran nuevos y más

claros. La encimera naranja había cedido su lugar a una moderna de tono malva. La instalación de mediados de los setenta habían sido reemplazada por una completamente nueva de finales de los ochenta. Reagan ocupaba la Casa Blanca, Springsteen sonaba por la radio y nuestra cocina estaba a la última.

Solo tenía nueve años, y permanecía sentado en la cocina de nuestra casa recién renovada intentando asimilar todo lo que había cambiado desde el incendio de hacía cinco meses.

No solo había cambiado la cocina.

El garaje también había quedado reducido a cenizas y todas las habitaciones de la casa se habían visto afectadas por las llamas, el humo o el agua. Mis padres y mis cinco hermanos se vieron obligados a vivir en otro sitio temporalmente, durante cuatro meses, mientras reconstruían nuestra casa.

Yo pasé esos meses en el hospital luchando por vivir.

Estábamos afrontando el cambio en todos los aspectos de nuestra vida.

Pero mi vida era la que más había cambiado.

Gruesos vendajes de gasa cubrían casi cada parte de mi cuerpo. Parecía una mezcla entre el peculiar y adorable muñequito Poppy Fresco de la empresa Pillsbury\* y el Hombre de malvavisco.\*\* No me malinterpretes, ambos son personajes adorables, pero a nadie le gustaría parecer hijo suyo.

La mayor parte del vendaje cubría gruesas cicatrices rojas donde mi piel ya casi se había curado. Sin embargo, algunas vendas cubrían dolorosas llagas abiertas.

La silla de ruedas que utilizaba supuso un inmenso avance respecto a los meses que estuve sin poder moverme de la cama del hospital (en aquellos tiempos era así como se trataba la piel quemada que estaba en proceso de regeneración). La inmovilidad durante tanto tiempo atrofió mis músculos. Tenía problemas de movilidad básica por el exceso de cicatrices que se habían acumulado sobre mi piel, lo cual hacía sospechar que volver a caminar era una meta lejana e improbable.

Y luego estaban mis manos. Cuando miraba donde solía tener dedos, veía gasas. Los médicos me habían amputado los dedos de ambas manos hasta los nudillos inferiores.

Procuraba no mirármelas, porque cada vez que lo hacía, me enfrentaba a una lluvia de ansiedades: ¿Cómo volvería a lanzar una pelota de béisbol? ¿Cómo podría volver a estudiar? Si no podía regresar a la escuela, ¿cómo iba a conseguir un trabajo? Pero lo más terrible, incluso a mis nueve años, era el pensamiento: «ninguna chica querrá darme la mano».

Estaba mirándome fijamente las manos cuando mi madre volvió a entrar en la cocina. A unos pasos detrás de ella reconocí la inequívoca silueta de la señora

Bartello.

Cuando se acercó mamá, la miré atónito y le pregunté: «¿Qué está haciendo *ella* aquí?».

*Ella* era nuestra profesora de piano.

Ninguno de los hermanos O’Leary quería verla entrar en casa. Porque su presencia indicaba que íbamos a tener que dejar cualquier cosa que estuviéramos haciendo –ver la televisión, jugar o estudiar– porque era la hora de nuestras lecciones de piano.

Aunque a ninguno de mis hermanos le entusiasmaba el piano, yo era el que más lo odiaba. No quería tocar el piano, quería jugar al béisbol. No imaginaba que mi talento se iba a desarrollar en salas de conciertos, sino en estadios. No eran las teclas de un piano lo que quería golpear, sino pelotas rápidas.

Mi sueño era jugar profesionalmente para los *Cardinals* de San Luis. Sabía que un día me pondría el uniforme, saldría al campo y jugaría para el equipo de mi querida ciudad natal. Esos eran mis sueños a los nueve años. Se parecían a las aspiraciones de otros niños. Todavía no sabíamos que teníamos que ser realistas con nuestras metas.

No obstante, hasta un niño sabe cuándo ha llegado el momento de despertar a una funesta realidad. El fuego me había robado ese sueño para siempre. Nunca sostendría una pelota de béisbol. Nunca jugaría para los *Cardinals* ni llevaría el uniforme del San Luis. Por doloroso que fuera este hecho, me había refugiado en un aspecto beneficioso de mis heridas: al menos no volvería a recibir lecciones de piano. ¡No hay mal que por bien no venga!

Entonces, ¿qué demonios hacía la señora Bartello en casa?

Mamá se me acercó, se inclinó y quitó el freno a la silla de ruedas. Me giró y me sacó de la cocina para llevarme al salón.

–Mamá, ¿adónde me llevas?

Amigo, quiero que tomes nota de cómo respondió. Quizás vale la pena que te lo apuntes en algún sitio. Te recomiendo que utilices esa táctica con algún alumno, pareja, hijo o cualquier otra persona con quien no te entiendas.

No dijo ni una palabra.

Ni una.

Hablar es fácil.

Por el contrario, mamá me sacó humilde, valerosa y amorosamente del lugar en el que había estado varado en la cocina y me condujo a mi nuevo destino, a una nueva perspectiva.

Mientras me empujaba, la miré, una vez más, en busca de una respuesta.

–¿Mamá?

Silencio.

Me llevó junto al piano, volvió a poner el freno a la silla y le dijo tranquilamente a la señora Bartello que estaría en la cocina por si necesitaba algo. Salió del salón y me dejó a solas con ella.

La amable profesora de piano se sentó y acercó la banqueta hasta ponerse a mi lado. Respiró profundo, pasó su brazo por mis hombros y me dijo lo orgullosa que estaba de que al final hubiera regresado a casa. También me dijo que había echado en falta nuestras lecciones de música y que estaba entusiasmada de que volviera a tocar el piano. A esto añadió con una certeza que me sorprendió: «Vale. Vamos a ello».

Entonces, como si no hubiera cambiado nada en mi vida en los últimos cinco meses desde que nos habíamos visto, la señora Bartello sacó la partitura de una canción que había estado aprendiendo para mi madre. En aquel entonces, tenía dedos, pero pocas ganas de utilizarlos para tocar el piano. La falta de deseo seguía presente y era un obstáculo que íbamos a tener que salvar juntos. Aunque, desde luego, en aquel momento había muchos más.

Cuando ahora pienso en ello, me sorprendo de que la señora Bartello y mi madre tuvieran la audacia de pensar que era posible. ¿Cómo empiezas a enseñar a un muchacho sin dedos a tocar el piano? ¿No son los dedos un requisito esencial?

Allí estaba yo, sentado en aquella silla de ruedas, delante del piano, con un chute de morfina y las manos vendadas con gruesas gasas, parecidas a unos guantes de boxeo. Pero eso no era todo.

Mi brazo derecho tenía poca masa muscular y me era prácticamente imposible levantarlo; el brazo izquierdo estaba sujeto con una férula tipo avión que formaba un ángulo de noventa grados.

Me sentía totalmente inválido y sumamente confuso respecto a lo que podríamos hacer juntos.

Pero de algún modo, por alguna razón, la señora Bartello estaba decidida a todo.

Sacó un lápiz y una goma elástica de su bolso. Me puso la goma elástica en el «guante» derecho, sujetando el lápiz en la punta de mis vendajes. Con este único lápiz sobresaliendo de mi mano derecha, la señora Bartello me enseñó a tocar las notas de la partitura.

Lo que vino a continuación fueron los treinta minutos más largos de mi vida.

Mientras tocaba apáticamente las teclas del piano con el lápiz, recuerdo claramente que pensaba: «Odio a mamá».

No me podía creer que me estuviera obligando a recibir clases de piano en aquellas condiciones. Lo único bueno que tuvo aquello fue el momento en que terminó la clase. Al menos, no tendría que volver a hacerlo jamás, pensé.

Lo cual fue cierto. Hasta el martes siguiente, cuando volvió a sonar el timbre. La señora Bartello volvió... y lo hizo todos los martes a partir de entonces.

¡Todos los martes durante cinco malditos años!

Paulatina, dolorosa y desganadamente, nota a nota, un desconcertado muchacho sin dedos, aparentemente sin ninguna probabilidad de regresar a la vida tal como la había conocido, aprendió a tocar el piano. Primero con un solo lápiz en la punta del vendaje de su mano derecha. Luego con otro lápiz en la mano izquierda. Cuando me sacaron los vendajes, aprendí a tocar con las puntas de los nudillos y enrollando la palma, haciendo acordes improvisados con las partes de mis manos que habían podido salvarse.

Cuando recuerdo aquellos martes, me doy cuenta de que la señora Bartello y mi madre no me estaban solo enseñando a tocar el piano. No pretendían que diera ningún recital o que participara en un concurso.

Estaban desarrollando algo más importante que mi habilidad musical.

Al quitar el freno de la silla de ruedas y empujarme hacia una meta que parecía inalcanzable, viendo potencial y esperanza donde una persona razonable solo vería discapacidad y desesperación, sin decirme una palabra, me transmitieron el mensaje que yo necesitaba oír y atender:

*John, puede que este incendio te haya robado tus dedos. Pero ino te ha quitado la vida! No vivirás como si lo hubiera hecho. Tienes el poder de hacer lo que hoy te parece imposible. Te enfrentarás a obstáculos en tu vida. Te enfrentarás a dificultades. Tendrás que encontrar formas innovadoras de superar los retos que tienes por delante. Las cosas serán diferentes de lo que habías planeado. Pero con el tiempo, serán mejor de lo que habías imaginado.*

Ese mensaje vital era el que yo necesitaba oír en un momento de mi niñez en que me estaba debatiendo entre la incertidumbre y la falta de confianza en mí mismo, y en que me enfrentaba a unas limitaciones físicas abrumadoras. Es un mensaje que aún hoy necesito oír de vez en cuando.

Y estoy seguro de que es un mensaje del que se beneficiarían muchas personas. Me dirás:

*Hum, John, a mí nunca me ha pasado esto. Nunca me he sentado delante de un piano con morfina corriendo por mis venas y vendajes por todo mi cuerpo, observando unos muñones que en su día fueron manos,*

*preguntándome cómo demonios iba a tocar una sola nota, mucho menos una canción entera.*

Amigo mío, aunque las circunstancias puedan parecer diferentes, creo que el sentimiento de impotencia y de estar desbordado es algo a lo que todos nos hemos enfrentado en diferentes momentos de nuestra vida.

Quizás en tu trabajo te encargaron un nuevo proyecto, pero no tenías la destreza para llevarlo a cabo; además, ya estabas totalmente saturado con tus responsabilidades diarias. Al ver que se te amontonaba el trabajo y aumentaba la presión, te sentaste delante del teclado y sentiste ese impulso abrumador de tirar la toalla.

Tal vez descubriste que volvías a estar embarazada, en medio de una temporada en la que apenas tenías suficiente energía, tiempo y dinero para ir tirando por ti misma y con tu familia, mucho menos para dar a luz a otro bebé y responsabilizarte de él. En un momento en que deberías irradiar felicidad, te encontraste contemplando tu vida y preguntándote: «¿Cómo caray voy a salir de esta?».

O bien, si ojeamos los titulares de hoy, ¿cómo no te vas a sentir abrumado con las terroríficas historias de guerra, hambrunas, desempleo, tiroteos, violencia indiscriminada y prejuicios que invaden nuestras noticias, nos quitan nuestra alegría y hacen que nos sintamos impotentes, consternados, deprimidos, como si no pudiéramos hacer nada para mejorar las cosas?

¡*Todos* tenemos momentos en nuestra vida en que sentimos que se espera de nosotros que toquemos el piano sin dedos! La pregunta es: ¿levantas tus manos dañadas y te alejas del piano o encuentras una nueva forma de crear tu canción, la que estás destinado a tocar?

En lugar de mover la cabeza, rendirte y cancelar la clase de piano, te invito a que vuelvas a conectar con tu sentido de indagación, ese que despierta la audaz convicción de que con suficiente creatividad y determinación, nada es imposible.

Con *indagación* no me refiero a limitarse a asombrarse o sentir admiración. No, esta indagación dista mucho de ser pasiva. Me refiero a algo que *hacemos*, a la capacidad de sentir curiosidad, de indagar, de demostrar, de desafiar e incluso de dudar.

Nuestro sentido de indagación nos hace cuestionarnos la forma en que hemos estado haciendo las cosas y nos anima a preguntarnos: «¿Hay otra manera mejor?».

Nuestro sentido de indagación no nos deja que nos conformemos con todas las respuestas y hace que nos cuestionemos lo que nos han dicho.

Nuestro sentido de indagación nos permite volver a ser innovadores, inventores, artistas y científicos.

Nuestro sentido de indagación nos invita a recordar que tenemos el poder, si elegimos aprovecharlo, y a concentrarnos en él para cambiar el mundo.

Ese tipo de convicción, esa certeza, ese tipo de asombro es lo que realmente puede cambiarlo todo.

## **Pide la luna**

Era un día sofocante en Houston, Texas. El 12 de septiembre de 1962. El presidente John F. Kennedy estaba hablando ante una audiencia de cuarenta mil personas en la Universidad Rice.

Aunque solo habían transcurrido doce días del mes de septiembre, ya había sido un mes cargado de eventos. Un terremoto de 7,1 grados en Irán había acabado con la vida de más de doce mil personas. El planeta entero estaba en alerta la víspera de lo que posteriormente se conocería como la crisis de los misiles de Cuba. Los mercados financieros de todo el mundo seguían parados. El Tribunal Supremo acababa de ordenar la admisión del primer estudiante afroamericano en la segregacionista Universidad de Misisipi.

Era una época de confusión y tensión, de frustración y miedo. Hubo desastres naturales, protestas políticas y revoluciones culturales.

¿Te suena?

Este era el escenario en el que el presidente se preparaba para hablar en Houston. John F. Kennedy sabía lo que había en los corazones y en las mentes de los estadounidenses. Entendía que se sentían desconcertados, nerviosos, perdidos y a la deriva. Y ese día les presentó una gran visión irresistible, una meta poderosa.

Una meta que muchos consideraron imposible, cuando no una locura.

Era un sueño de gran magnitud, que exigía lo mejor de Estados Unidos: colaboración, cerebros, innovación y determinación.

Nos presentó el proyecto de enviar astronautas a la Luna antes de terminar la década.

Con una frase inusualmente larga y poética, recordó a los oyentes la magnitud del reto y la solución para ese reto.

Sin embargo, si les digo, conciudadanos míos, que vamos a enviar a la Luna, a unos 384.400 kilómetros de distancia de la estación de control de Houston, un cohete gigante que mide más de noventa metros de alto, la longitud de este campo de fútbol, fabricado con nuevas aleaciones de metales, algunas de las cuales todavía no se han inventado, capaz de soportar temperaturas y fatigas que superan varias veces las que se han

experimentado hasta ahora, ensamblado con la precisión del mejor de los relojes de pulsera, que contará con todo el equipamiento necesario para su propulsión, navegación, control, comunicaciones, alimentación y supervivencia, en una misión sin precedentes, hacia un cuerpo celeste desconocido, y que lo devolveremos sano y salvo a la Tierra, tras volver a entrar en la atmósfera a una velocidad superior a cuarenta mil kilómetros por hora, provocando una temperatura de casi la mitad de la del Sol (casi tanto calor como el que hace hoy aquí), y que lo haremos, y que lo haremos bien, y que seremos los primeros en hacerlo antes de que termine esta década, para eso hemos de ser osados.<sup>1</sup>

Era una visión sin precedentes.

Una tarea formidable.

Un sueño imposible.

Sin embargo, antes del final de la década, tal como Kennedy había prometido, los estadounidenses escucharon la voz del astronauta Neil Armstrong, cuando pisaba la Luna por vez primera, anunciando: «Es un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad».

Un par de hombres sujetos a un módulo lunar de metal, lanzado a 384.400 kilómetros de la Tierra, alunizaron sin problemas, dieron algunos saltos gracias a la poca gravedad lunar, pusieron una bandera, recogieron algunas piedras, hicieron fotos, volvieron a su nave y regresaron a casa, sanos y salvos. Todo ello con una tecnología informática muy inferior a la de nuestros antiguos teléfonos móviles plegables.

Parece imposible.

Pero lo hicieron. Cuando Kennedy instó al país y a sus conciudadanos a que fueran osados, nos estaba diciendo que para cumplir ese objetivo, tendríamos que saltarnos el libro de las normas; poner a prueba nuestra infinita creatividad, curiosidad y determinación, y mantenerlas sin descanso hasta alcanzar esa meta.

Tuvimos que utilizar nuestro sentido de indagación. El que no nos permite rendirnos ante el fracaso. El que siempre busca soluciones nuevas. El que nos incita a hacer preguntas, sentir curiosidad y explorar a fondo para hallar el camino.

Así es como damos grandes pasos y propiciamos el verdadero cambio. Unimos nuestras mentes e invitamos a que el asombro abra nuestras fronteras, rechace nuestras limitaciones y nos conduzca adonde nadie ha ido jamás.

Por desgracia, los líderes políticos actuales no hablan tanto de unir a los individuos para crear algo más grande que ellos mismos y se centran más en proteger lo que ya

tenemos. Parece que tengamos que centrarnos menos en lo que podemos conseguir juntos y más en vivir el día a día como podamos. Se dedica mucho más esfuerzo a conservar lo que tenemos que a expandir lo que podríamos conseguir y quienes podríamos llegar a ser.

¿Por qué hemos dejado de pensar diferente y de pedir la luna?

Pues porque hemos perdido el contacto con nuestro sentido de la indagación.

Retomarlo requiere tiempo.

Cuando vuelvas a despertarlo, te darás cuenta de que abordarás los antiguos problemas de otro modo, revitalizado por una curiosidad sin límites. Abandonarás los caminos trillados y tomarás uno por el que nadie haya transitado. Sí, habrá momentos en los que te sientas un tanto incómodo. Y así es como ha de ser.

Porque la decisión de pedir la luna nos exige que tracemos nuevos caminos. En lo que respecta a pensar a lo grande, «lo mismo de siempre» no nos servirá. Hemos de cubrir un nuevo territorio, inventar nuevas tecnologías, ver las cosas con nuevos ojos y hacerlas de otro modo de como las hemos estado haciendo hasta ahora.

Entonces, ¿cómo lo hacemos? ¿Cómo reconectamos con nuestro sentido de indagación?

Haciéndonos cinco preguntas engañosamente fáciles.

Estas cinco preguntas eran esenciales en tu vocabulario de niño. Nos inducen a hacer más, ser más, pedir más y, con ello, ser más innovadores. Elevan tu manera de relacionarte, tu trabajo y tu tipo de vida. Transforman tu visión del pasado, celebran tu presente y crean tu futuro.

¿No te parece una aventura que merece la pena emprender? Pues bien, pasa la página y conoce la primera pregunta que vuelve a despertar tu deseo de encontrar un nuevo camino diferente y mejor para seguir avanzando.

---

\* N. de la T.: Pillsbury Doughboy en inglés, es un logotipo y mascota a la vez de la empresa de dulces y repostería Pillsbury Company. Consiste en un muñequito hecho de masa para donuts, que lleva un gorro de cocinero y está algo gordito, que es el protagonista de su publicidad. Fuente: Wikipedia.

\*\* N. de la T.: Stay Puft Marshmallow Man en inglés, es un personaje ficticio de la película Los cazafantasmas, un muñeco blanco e hinchado, idéntico al muñeco de la marca de neumáticos Michelin.

---

## ¿Por qué?

¡A VECES HE LLEGADO A CREER HASTA SEIS COSAS IMPOSIBLES ANTES  
DE DESAYUNAR!

Lewis Carroll, *A través del espejo*

*¿Por qué he de cepillarme los dientes?  
¿Por qué tengo que usar el cuarto de baño?*

*¿Por qué es hora de ir a la cama?*

*¿Por qué los hombres no pueden tener bebés?*

*¿Por qué no puedo dormir con zapatos?*

Esta es solo una parte de la lista de preguntas que me hicieron mis hijos... anoche.

La lista de ayer fue mucho más extensa. De hecho, se han realizado investigaciones que han demostrado que los niños de cuatro años pueden hacer hasta trescientas preguntas al día!<sup>1</sup>

Si tienes hijos pequeños, trabajas con ellos o pasas algún tiempo en su compañía, a veces puede parecer que hacen más de trescientas preguntas por minuto. Aunque mis hijos ya no tienen cuatro, tengo cuatro. Y lo preguntan todo.

A pesar de que, muchas veces, tengo la sensación de que detrás de sus preguntas está su necesidad de hacerme rabiar, lo cierto es que simplemente son muy curiosos e inquisitivos respecto al funcionamiento del mundo.

En el fondo de esas preguntas se encuentra el deseo innato de entender el mundo.

De hecho, el famoso astrofísico Neil deGrasse Tyson cree que los niños son nuestros científicos más naturales, pioneros por su curiosidad y sus preguntas: «Los niños están siempre levantando piedras o arrancando pétalos de flores. Siempre hacen cosas que suelen ser destructivas. Esa es la esencia de la exploración. Desmontar las cosas, aunque no sepas volver a montarlas».

Suena bien, ¿verdad? Puedo soportar un poco de exploración.

Hasta que...

Tu hijo saca un huevo de la nevera. «Y ¿qué es lo primero que haces como padre? –pregunta Tyson—. Le gritas: “Deja de jugar con el huevo, que lo puedes romper. Vuelve a guardarlo”».

Sí, yo lo he hecho al menos un par de veces.

¿Qué quiere decir Tyson con esto? «¡Deja que el niño descubra que cuando el huevo se cae, se rompe! –nos dice—. Esto es un experimento de física... No tenemos suficientes padres que comprendan o sepan valorar la naturaleza inquisitiva de sus propios hijos, porque quieren mantener el orden en su hogar».<sup>2</sup>

No lo hacemos a propósito. Pero en nuestro intento de frenar el impulso de nuestros hijos de entender el mundo que los rodea e involucrarse en él, sin darnos cuenta reprimimos su sentido de indagación y su curiosidad innatos.

Y no se lo hacemos solo a nuestros hijos.

¿Cuándo fue la última vez que dijiste un oportuno «¿por qué?»?

¿Cuándo fue la última vez que terminaste tu reunión de estrategia, de derivación de pacientes o con tu equipo, no con pasos tácticos, sino con disensión constructiva, invitando a los demás a que pregunten por qué?

Por el bien de la eficiencia y de mantener la jerarquía, nos callamos nuestras preguntas y opiniones contrarias en el trabajo. En casa. Y en nuestro discurso político.

Pero preguntar por qué surge de un deseo de entender el mundo y de descubrir sus misterios. La curiosidad es un don que hemos de reclamar si queremos vivir en el asombro. De hecho, después de haber hablado en una sala con altos directivos de Microsoft, uno de ellos se acercó a mí y me dijo que creía que su éxito no se debía a que supiera todas las respuestas, sino a haber hecho las preguntas correctas. Si una compañía de ciento veinticinco mil millones de dólares celebra hacer preguntas, tal vez nosotros también podamos beneficiarnos de ello.

Puede que lo lamentemos cuando estamos intentando acostar a nuestros hijos o tener la casa arreglada. Pero resulta que preguntar por qué es esencial para nuestra supervivencia. Es la clave de nuestro entendimiento de por qué son así las cosas y para que nos planteemos si hay alguna forma diferente y mejor.

Cuando dejamos de preguntarnos por qué –como personas, en nuestras empresas y como sociedad–, dejamos de innovar, investigar diferentes puntos de vista e instigar ideas nuevas.

Aquí tienes un ejemplo. Observa cualquier comentario político, sintoniza tu programa de radio deportivo favorito o revisa tus redes sociales. De adultos, parece que valoramos a las personas con una actitud firme, sarcástica e inflexible. Con esta melodía de fondo, muchos nos apresuramos a juzgar, a tener ideas fijas, a ser fáciles

de provocar y a cargar contra cualquiera que se atreva a contradecirnos. Por desgracia, esto influye negativamente en nuestra habilidad para unirnos y colaborar e impide que estemos abiertos a nuevas opiniones, personas, ideas e ideales.

Pero no siempre hemos sido así. Hubo un tiempo en que estábamos abiertos y no teníamos miedo a preguntar.

Un día, mientras estaba viendo en la televisión un debate sobre la violencia armada (celebrado tras otro tiroteo en una escuela) que se estaba desarrollando en un lugar sano y conciliador, un ayuntamiento, presté más atención cuando una estudiante empezó a hablar. Era del instituto Marjory Stoneman Douglas, en Parkland, Florida, y había sido testigo de la muerte de diecisiete de sus compañeros y otros tantos heridos.

Sin tan siquiera la edad para votar, todavía visiblemente afectada por el asesinato de sus compañeros y compañeras, esta alumna no invirtió su tiempo en plantear sentencias o estadísticas, sino preguntas: «¿Por qué no podemos ir a estudiar sin tener miedo a que nos maten? ¿Por qué no podemos vivir en una sociedad donde la violencia armada no se cobre docenas de vidas? ¿Por qué no podemos utilizar la ley para hacer que las cosas mejoren para todos? ¿Y por qué no podemos empezar ahora?».

Toda la audiencia comenzó a aplaudir cuando terminó. El siguiente participante, al que presentaron como un especialista en este tipo de violencia y en las leyes que rigen en nuestro gobierno y nuestros estados, estaba sentado con los brazos cruzados. Cuando volvió el silencio, dijo sonriendo irónicamente: «Creo que has de graduarte en el instituto, ir a la universidad y acabar de formarte. Luego debatiremos sobre el tema».

No quiero decir que tengas que estar de acuerdo con la visión de la joven. De hecho, no tienes por qué estar de acuerdo con nadie. Pero creo que todos coincidimos en que es bueno tener una actitud abierta a nuevas formas de resolver los problemas de siempre.

¿Por qué aplastar la energía, la voluntad de actuar y la esperanza que emanaba esa alumna?

¿Por qué no aceptar la voluntad de investigar qué es lo que estamos haciendo mal y, tal vez, crear un camino mejor?

Aunque estoy seguro de que no hay muchas personas tan insensibles como aquel tertuliano, creo que muchos nos sumamos a su tipo de cinismo. Creemos que alguien cuyas creencias e ideologías difieren de las nuestras ha de estar equivocado. Así que nos cerramos a dialogar. Y al cruzar los brazos ante las ideas nuevas, sucumbimos al orden establecido de las cosas.

Asfixiamos de tal modo nuestro sentido de indagación que no lo dejamos respirar.

¿Cómo podría afectar a nuestra manera de pensar, dirigir, resolver y conectar si retomáramos nuestra mentalidad de estudiantes inquisitivos? En vez de participar en una conversación como «expertos» engreídos y seguros de nosotros mismos, con respuesta para todo, ¿qué te parecería hacerlo como buscadores apasionados, compasivos y abiertos que influyen no solo en esa conversación, sino en cualquier otra?

Cuando los jóvenes de Parkland se unieron para realizar una de las mayores protestas que se han producido en Estados Unidos, la revista *Time* comentó su «optimismo feroz [...] En este pequeño rincón del universo adolescente existe el sentimiento compartido de que cualquier cosa es posible, porque todo puede suceder».<sup>3</sup>

*Optimismo feroz*, ¡qué expresión tan poderosa! Y es algo a lo que todos podemos aspirar.

El optimismo feroz no acepta un no como respuesta. El optimismo feroz nos exige que contemplemos el mundo en que vivimos, nuestro negocio, los grupos a los que pertenecemos y nuestro tipo de vida con sinceridad, que identifiquemos las cosas tal como son y que imaginemos cómo podrían ser.

El optimismo feroz es el exquisito resultado de invitar al *por qué* a volver a nuestras vidas.

## **Todo lo que he de saber lo he olvidado desde que iba a la guardería**

Aunque aquel tertuliano propuso que seguir estudiando ayudaría a la joven de Parkland a encontrar una manera de superar aquello, las investigaciones han demostrado que cuanto más tiempo pasan los niños en la escuela, *menos* preguntas hacen.<sup>4</sup> De hecho, puesto que muchos profesores quieren que los alumnos aporten respuestas, no preguntas, quizás la actitud mental que teníamos cuando empezamos a ir a la guardería sería la que tendríamos que recuperar.

Me explicaré.

¿Sabías que la mayoría de los niños que están a punto de ir a la guardería son «genios» en pensamiento divergente?

El pensamiento divergente, aunque la expresión suene a una mezcla entre una novela para jóvenes alternativos y una charla de Bill Gates en TED, en realidad no es más que una forma científica de decir que no piensas como los demás. El pensamiento divergente es la actitud mental que reconoce que hay infinidad de